

entera, y porque más bien servían para poner con rapidez las tropas en tierra que para hacer frente en la mar al enemigo. Sin embargo, más adelante se los formó en división, destinándolos especialmente para la vanguardia compuesta de granaderos reunidos. Hasta que esto se verificó, estuvieron formados en escuadras en el puerto, y todos los días iban á ejercitarse en ellos, á manejar el remo, y á disparar los ligeros obuses de que estaban armados, las tropas que aún no tenían señaladas otras naves.

Hecho esto, se atendió á otro objeto no menos importante, cual era el arrumaje de las naves (1). El primer cónsul en uno de sus viajes hizo cargar y descargar á su presencia repetidas veces algunas chalupas, barcas y peniches, y decidió allí mismo el método que había de seguirse en el arrumaje; se destinaron para lastre las balas, granadas y todas las municiones de guerra, en cantidad suficiente para una larga campaña. Sus bodegas se destinaron á depósitos de galletas, vino, aguardiente, carne salada y queso de Holanda, para alimentar por espacio de veinte días á toda la expedición. De este modo la escuadrilla de guerra debía conducir, además del ejército y sus cuatrocientas bocas de fuego tiradas por dos caballos, municiones para una campaña y víveres para veinte días. La escuadrilla de transporte debía conducir, como queda dicho, todo el resto de los tiros de artillería, la remonta necesaria para una mitad de la caballería, víveres para dos ó tres meses, y finalmente, todos los bagajes. A cada división de la escuadrilla de guerra correspondía otra división de la escuadrilla de transporte y ésta debía navegar siempre en pos de la primera. Vigilaba en cada nave las municiones un alférez de artillería, y otro de infantería custodiaba los víveres. Todos los efectos debían estar constantemente dispuestos en las dos escuadrillas, de modo que al darse la señal de partida, sólo tuviesen que entrar á bordo los hombres y los caballos. Los hombres, frecuentemente ejercitados en tomar las armas y en trasladarse en medias brigadas, batallones y compañías, á bordo de la escuadrilla, no invertían en esta operación más tiempo que el preciso para ir de los campamentos al puerto. Llegó á simplificarse también y á acelerarse el embarco de los caballos de una manera sorprendente. Por dilatados que fuesen los muelles, no era posible, sin embargo, atracar en ellos todas las naves, y fué preciso disponerlas en filas de á nueve, atadas de una á otra, y sólo la primera amarrada al muelle. Por medio de un arnés que cogía al caballo por el vientre, se le alzaba del suelo en una verga, y pasando de verga en verga nueve veces, en dos ó tres minutos se le depositaba en la novena nave. De este modo, hombres y caballos podían en el término de dos horas hallarse á bordo de la escuadrilla de guerra. Para embarcar los nueve ó diez mil caballos restantes en la escuadrilla de transporte, bastaban tres ó cuatro horas. Estando, pues, constantemente á bordo

(1) Boloña, 16 de noviembre de 1803.

Al ciudadano Fleurieu.

He pasado aquí la jornada para presenciar la instalación de una chalupa y de una barca cañonera. El arrumaje aquí es una maniobra de las más importantes del plan de campaña para que pueda omitirse cosa alguna y deje de hacerse con todo escrupulo su igual repartición; todo empieza á tomar un giro satisfactorio.

(N. del A.)

todo el bagaje de más bulto, había que estar siempre en disposición de levar áncoras en pocas horas, y no siendo posible hacer salir de los puertos un número tan considerable de naves en el término de una sola marea, el embarco de hombres y caballos no podía ser nunca la causa de la menor pérdida de tiempo.

Después de repetir incesantemente aquellos ejercicios viéronse ejecutar en breve todas las maniobras con tanta exactitud como ligereza. Todos los días, y en todo tiempo, á no ser que hubiese tempestad, salían á maniobrar y atravesar en la rada á vista del enemigo cerca de ciento cincuenta naves. Fingíase allí á lo largo de las costas la operación del desembarco, barríase primeramente la ribera con un fuego nutrido de artillería, y después se aproximaba la escuadrilla á tierra para poner en ella hombres caballos y cañones. Muchas veces, cuando no era posible aportar, se arrojaban marineros y soldados á las olas con cinco ó seis pies de agua, pero jamás se ahogó uno solo; tal era el ardor y la destreza que desplegaban. Hubo ocasiones en que se hizo tomar tierra á los caballos de esta misma manera; arrojábaseles al mar, y unos cuantos hombres en unas canoas los dirigían hacia la orilla con una cuerda. De esta suerte no podía ocurrir contratiempo alguno al desembarcar en la costa enemiga que no estuviese previsto y arrosado diferentes veces, aún agregando todas las dificultades que á propósito se suscitaban para vencerlas, incluso las de la misma noche (2), exceptuando sin embargo la de los fuegos enemigos. Pero ésta más bien debía ser un estímulo que un obstáculo contra aquellos soldados, los más valientes del universo por naturaleza y por hábito de guerra.

Esta variedad de ejercicios de mar y tierra, estas maniobras alternadas con ásperos trabajos, interesaban á aquellos soldados ansiosos de aventuras, de imaginación ardiente, y ambiciosos como su ilustre caudillo. La abundancia de sus ranchos, que aumentaron considerablemente merced al precio de sus jornales agregado á su soldada, una actividad continua, y el aire salubre que respiraban, no podían menos de desarrollar en ellos una fuerza física extraordinaria. A ésta agregaba una fuerza moral nada menor la esperanza que tenían de llevar á cabo un verdadero prodigio. Así se iba preparando gradualmente aquel ejército sin segundo, destinado á acabar en dos años la conquista del continente.

Pasaba el primer cónsul gran parte de su tiempo entre sus soldados. Llenábase de confianza al verlos tan dispuestos, tan alerta, tan imbuídos en su propio pensamiento. Ellos á su vez recibían con la presencia de su general un estímulo continuo; veíanle á caballo, tan pronto en las alturas de la costa como á su falda, galopando en los arenales de la playa, trasladándose de un puerto á otro (3); otras veces embarcado en ligeros pe-

(2) Boloña, 9 de noviembre de 1803.

Al cónsul Cambaceres.

He pasado parte de la noche última en mandar á las tropas evoluciones de noche, maniobra que toda tropa bien instruída y disciplinada puede á veces hacer ventajosamente contra las levas en masa.

(3) Con fecha 1.º de enero de 1804 escribía desde Etaples al cónsul Cambaceres:

«Llegué ayer por la mañana á Etaples, donde escribo á usted desde mi barraca. Está haciendo un viento terrible de Sudoeste:

niches yendo á presenciar las escaramuzas que se trababan entre nuestras chalupas cañoneras y los cruceros ingleses, lanzándolas contra el enemigo hasta hacer ciar sus corbetas y fragatas ahuyentadas por las descargas de nuestras endebles navecillas. Obstinábase frecuentemente en arrostrar la mar, y en cierta ocasión, habiendo querido reconocer la línea acoderada á pesar de un temporal violento, encalló no lejos de la orilla después de haber vuelto á su canoa. Felizmente los marineros tenían donde hacer pie: arrojáronse al agua, y formando un grupo compacto para poder resistir al embate de la marejada, le condujeron sobre sus hombros por medio de las olas que se rompían sobre sus cabezas.

Cierto día que recorriendo de este modo la playa se exaltó su imaginación á la vista de las costas de Inglaterra, escribió al cónsul Cambaceres las líneas siguientes: «He pasado estos tres días en el campamento y en el puerto. Desde las alturas de Ambletusa he visto las costas de Inglaterra lo mismo que se ve desde las Tullerías el Calvario; distinguíanse perfectamente todas las casas y el movimiento que allí reinaba. Para atravesar este gran foso basta tener atrevimiento» (16 de noviembre de 1803. *Archivos de la secretaría de Estado*).

Grande era su impaciencia por realizar aquella grande empresa (1); pensó en un principio comenzarla al con-

esta tierra se parece bastante á la de Eolo... Voy á montar á caballo para ir á Boloña por el arenal.»

Y escribía antes con fecha de 12 de noviembre.

«Acabo de recibir, ciudadano cónsul, su carta de usted del 18 (brumario). Continúa aquí la mar hinchada, y la lluvia cayendo á torrentes. Ayer pasé todo el día á caballo y embarcado, con lo cual vengo á decir á usted que lo pasé hecho una sopa. En esta estación si se tuviese miedo al agua nada se haría. Afortunadamente esta vida me prueba bien, y nunca me he encontrado mejor.»

En 1.º de enero de 1804 escribía también al ministro de Marina: «Mañana á las ocho inspeccionaré toda la escuadrilla por divisiones.

»Un comisario de marina pasará lista á todos los oficiales y soldados que componen la tripulación. Cada cual ocupará su puesto de batalla y con el mayor orden. Al poner yo el pie en cada buque, se dará tres veces el grito de *viva la república* y otras tres el de *viva el primer cónsul*. Me acompañarán el jefe de ingenieros, el comisario del armamento y el coronel comandante de la artillería.

»Todo el tiempo que dure la inspección, las tripulaciones y guarniciones de la escuadrilla permanecerán en sus puestos, y se pondrán centinelas para que nadie entre en el muelle.» (N. del A.)

(1) Las cartas siguientes prueban esta impaciencia, y su deseo de realizar la expedición en nivoso ó pluvioso, ó lo que es lo mismo en los meses de enero ó febrero. Va dirigida una de ellas al almirante Ganteaume, el cual, antes de mandar la escuadra á Brest, debió mandar temporalmente la de Tolón. Los números contenidos en estas cartas no son exactamente los mismos que en nuestra narración escribimos, porque el primer cónsul no se fijó sino un poco después en la fuerza definitiva de buques y de soldados, y nosotros hemos adoptado los números que se fijaron definitivamente.

París, 23 de noviembre de 1803.

Al ciudadano Rapp.

Tendrá usted la bondad de pasar á Tolón y de entregar la adjunta carta al general Ganteaume; se enterará usted de la situación de la marina, de la organización de las tripulaciones, y del número de buques que haya en el puerto ó que estén próximos á entrar en él. Permanecerá usted allí hasta nueva orden. Cuarenta y ocho horas después de su llegada, me enviará usted un correo extraordinario con la respuesta del general Ganteaume á mi carta. Despachado este correo, me escribirá diariamente todo lo que hubiese hecho, y en su correspondencia entrará usted en toda clase de pormenores sobre los diversos ramos de la administración. Pa-

cluir el otoño, y luego la dejó para la entrada del invierno, ó para la mitad de dicha estación lo más tarde; pero extendíanse y complicábanse las obras á vista de ojo, y ocurriéndosele á él cada día ó bien al almirante Bruix una nueva reforma, gastaba tiempo en introducirla. En estas inevitables dilaciones ganaba indudablemente la instrucción de los soldados y marineros, llevando de

sará usted diariamente una ó dos horas en el arsenal; se enterará usted del día en que debe pasar el tercer batallón del 8.º ligero que salió de Antibes y que tiene orden de trasladarse á Saint-Omer para la expedición; usted irá á inspeccionarlo al punto más cercano de Tolón por donde pase, y me dará parte de su situación.

Irá usted á las islas de Hyeres para ver cómo están armadas y custodiadas. Me enviará usted su informe detallado de cuantos objetos vea.

París, 23 de noviembre de 1803.

Al general Ganteaume, consejero de Estado y prefecto marítimo de Tolón.

Ciudadano general: pasa á ver á usted uno de mis edecanes, el general Rapp, el cual se detendrá algunos días en ese puerto, y se enterará por menor de todo lo concerniente á su departamento.

Escribí á usted hace dos meses que calculaba tener en todo frimario dispuestos á dar la vela desde Tolón cuatro navíos, cuatro fragatas y diez corbetas, y que deseaba que esta escuadra condujese víveres para cuatro meses para veinticinco mil hombres de buena tropa de infantería que se embarcasen á su bordo. Deseo que cuarenta y ocho horas después de recibir esta carta, me avise usted por el correo extraordinario del general Rapp, el día fijo en que podrá dicha escuadra hacerse á la vela, y me entere usted del número de buques que tenga en el puerto, dispuestos para salir al momento de recibir mi carta, y los que tendrá usted reunidos para el 25 de frimario y para el 1.º de nivoso. Mi deseo sería que esa expedición pudiese dar la vela lo más tarde á principios de nivoso.

Vengo de Boloña, donde reina la mayor actividad, y donde hacia mediados de nivoso espero tener trescientas chalupas, quinientas barcas y quinientos peniches reunidos, cada peniche con un obús de á treinta y seis, cada chalupa con tres cañones de á veinticuatro, y cada barca con un cañón del mismo calibre. Partícipe me usted su juicio sobre esta escuadrilla, y dígame si cree que podrá llevarnos á las costas de Albion. Podemos conducir en ella cien mil hombres, y con que tengamos ocho horas de noche favorables, puede decidirse la suerte del universo.

El ministro de Marina ha continuado su correría hacia Flesinga para visitar la escuadrilla bátava, compuesta de cien chalupas y trescientas barcas cañoneras capaces de conducir treinta mil hombres, y la escuadra del Texel que puede llevar otros treinta mil.

Creo inútil excitar su celo de usted, porque sé que hará cuanto le sea posible. Cuente usted con mi aprecio.

París, 12 de enero de 1804.

Al ciudadano Daugier, capitán de navío, comandante del batallón de marineros de la guardia.

Ciudadano Daugier: deseo que salga usted de París en todo el día en que reciba ésta, encaminándose directamente á Cherbourg. Dará usted órdenes para que salgan los buques de la escuadrilla que se hallan en aquel puerto, y permanecerá usted en él el tiempo necesario para zanjar todos los obstáculos y acelerar las expediciones.

Pasará usted á todos los puertos donde sepa que hay buques de la escuadra, apresurará usted su salida, y dará instrucciones para que no quede ningún buque meses enteros en dichos puertos, y principalmente en Dioleta.

En Granville y en Saint Malo llenará usted el mismo encargo que en Cherbourg, escribiéndome desde ambos puertos.

Lo mismo hará usted en Lorient, Nantes, Rochefort, Burdeos y Bayona.

La estación se acerca, y lo que no llegue á Boloña en todo pluvioso ya no podrá servirnos; active usted y disponga por consiguiente todas las obras necesarias.

Asegúrese usted de si las disposiciones que se han tomado para facilitar guarniciones son suficientes en cada puerto. (N. del A.)

este modo consigo su misma indemnización. Hubiera podido en rigor intentarse la expedición proyectada después de aquellos ocho meses de aprendizaje; sin embargo, para que todo estuviese dispuesto, para que el equipo y el armamento estuviesen terminados y nada dejase que desear la instrucción de los hombres de mar y tierra, convenía esperar aún seis meses.

Pero consideraciones muy decisivas, como la tardanza de la escuadrilla báltava que debía conducir el ala derecha mandada por el general Davout, exigían una nueva demora. Habiendo manifestado el primer cónsul su deseo de que le enviase la marina un oficial distinguido, le habían despachado al contraalmirante Verhuel, y prendado de la inteligencia y de la serenidad de este hombre de mar, solicitó que se le encargase de todo lo concerniente á la organización de la escuadrilla holandesa, lo cual se hizo conforme pedía, y comunicó en breve á dicha organización toda la celeridad deseada. Esta escuadrilla, dispuesta en el Escalda, debía ser conducida á Ostende, porque se había reconocido lo peligroso que era salir de puntos tan distantes como el Escalda y Boloña, y por último, había la esperanza de que pudiera pasar desde Ostende á Ambletusa y á Wimereux así que estuvieran concluidos estos dos puertos. De este modo debía resultar una ventaja inmensa, cual era la de levarse y dar la vela todos juntos, es decir, hacer salir ciento veinte mil hombres, quince mil marineros y diez mil caballos, de cuatro puertos situados al mismo viento y contiguos unos á otros. Pero para esto había que esperar aún varios meses, por requerirlo el equipo de la escuadrilla báltava y la conclusión de los puertos de Ambletusa y Wimereux.

Había otras dos porciones del ejército de invasión que no estaban dispuestas, y eran la escuadra de Brest, destinada á llevar el destacamento de Augereau á Holanda, y la escuadra holandesa del Texel, destinada á embarcar al cuerpo de veinte mil hombres acampado entre Utrecht y Amsterdam. Estos dos cuerpos eran los que, agregados á los ciento veinte mil hombres del campamento de Boloña, hacían ascender á ciento sesenta mil, sin contar los marineros, la fuerza total del ejército de invasión. Aún faltaban algunos meses para que las escuadras del Texel y de Brest estuviesen completamente armadas.

Faltaba por último proporcionarse la condición posterior del buen éxito, que el primer cónsul consideraba para su empresa como la certeza misma del triunfo. Aquellas naves, ya experimentadas, podían perfectamente atravesar las diez leguas del estrecho, puesto que la mayor parte de ellas habían navegado ciento y doscientas leguas para dirigirse á Boloña, y muchas veces con sus fuegos divididos y rastros habían respondido con ventaja á las descargas altas y reunidas de los navíos ingleses. Tenían la probabilidad de cruzarlo sin ser alcanzadas, ni aún vistas, ya durante las calmas de verano, ya con las brumas de invierno, y aun en el caso más desfavorable de verse expuestas á tener un encuentro con las veinticinco ó treinta corbetas, bergantines y fragatas de los cruceros ingleses, debían hacer la travesía sacrificando cien chalupas ó barcas de las dos mil

trescientas que componían la escuadrilla (1). Pero podía ocurrir el caso de que desapareciera toda malhadada probabilidad, cuando presentándose de improviso en el estrecho una grande escuadra francesa, ahuyentase al crucero inglés, dominase la Mancha por espacio de dos ó tres días, y protegiese el paso de nuestra escuadrilla. En este caso ya desaparecería toda duda, todas las objeciones alegadas contra la empresa se reducían á polvo, á menos de ocurrir una tempestad imprevista, accidente poco probable si se elegía bien la estación, y por otra parte caso enteramente fortuito y ajeno de todo cálculo. Pero era menester que estuviese enteramente equipada la tercera de las escuadras de alto bordo, que era la de Tolón, y desgraciadamente no lo estaba. Tenía reservada el primer cónsul para ejecutar una gran combinación, cuyo secreto nadie, ni aún su ministro de Marina sabía. Esta combinación iba madurando lentamente en su cerebro, sin revelar á nadie cosa alguna, y dejando á los ingleses en la persuasión de que la escuadrilla debía bastarse á sí misma, puesto que tan completamente se la armaba y que diariamente se la exponía á combatir con fragatas y con navíos.

Aquel hombre tan osado en sus concepciones, era al realizarlas el más prudente de los capitanes. Aunque tenía ciento veinte mil soldados reunidos y dispuestos, no quería salir sin el auxilio de la escuadra del Texel que conducía veinte mil hombre, sin la escuadra de Brest que llevaba á bordo diez y ocho mil y sin las escuadras de la Rochela, del Ferrol y de Tolón, cuyo encargo era dejar expedito el estrecho por medio de una maniobra profundamente meditada.

Dedicábase con ahínco á tener todos estos recursos dispuestos para febrero de 1804, y se lisonjaba de conseguirlo, cuando ciertos graves acontecimientos, ocurridos en el seno de la república, distrajeran de repente su atención, aunque momentáneamente, de la grande empresa en que el mundo entero tenía fijos los ojos.

(1) Damos el extracto de una carta del ministro Decrès, que era entre todos los que servían á Napoleón el que se hacía menos ilusiones, que prueba que se creía que la escuadrilla podría pasar el estrecho con solo sacrificar un centenar de naves.

Boloña, 7 de enero de 1804.

*El ministro de Marina al primer cónsul.*

Empiézase á creer firmemente en la escuadrilla que la salida es más cierta de lo que se pensaba, y se me ha prometido seriamente disponerse para verificarla. El entusiasmo no permite ver el peligro, y nadie ve en ella más que á César y su fortuna.

Las ideas de los subalternos no traspasan el límite de la rada y de su corriente: hablan del viento, del anclaje y de la línea acoderada como si fueran ángeles. Por lo que hace á la travesía es negocio de su incumbencia de usted; usted sabe más que ellos sobre el particular, y por cierto que valen más sus ojos que todos los anteojos que ellos usan: cuanto usted diga es para ellos artículo de fe.

Otro tanto le sucede al mismo almirante, el cual hasta ahora no le ha presentado á usted plan ninguno porque realmente no lo tiene; verdad es que tampoco se le ha pedido. La ejecución será la que decida cuando llegue su hora. Es muy posible que llegue el caso de tener que sacrificar cien naves, que atraigan la atención del enemigo, para que las demás, partiendo mientras ellas sufren su derrota, lleguen sin obstáculo al otro lado.

No bastaría un tomo en folio para desarrollar las ideas que sobre este punto tiene concebidas. ¿Cuál será la que adopte? Las circunstancias lo decidirán...

(N. del A.)

## LIBRO DÉCIMOCTAVO

### CONSPIRACIÓN DE JORGE

Temores de la Inglaterra al ver los preparativos que se hacen en Boloña. — Cómo entiende generalmente la guerra esta potencia. — Opinión que en un principio hacen nacer en Londres los proyectos del primer cónsul; terror que finalmente éstos inspiran. — Medios imaginados para resistir á los franceses. — Discusión de estos medios en el Parlamento. — Vuelve á entrar Pitt en la Cámara de los Comunes. — Su actitud y la de sus amigos. — Fuerza militar de los ingleses. — Whidham pide la formación de un ejército regular á imitación del ejército francés. — Limitanse á formar un ejército de reserva y un cuerpo de voluntarios. — Precauciones adoptadas para la guarda del litoral. — El gabinete británico vuelve á adoptar los medios antiguamente practicados por Pitt, y fomenta las tramas de los emigrados. — Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Táylor. — Los príncipes refugiados en Londres se reúnen con Jorge y con Pichegrú, y entran en una conspiración para asaltar al primer cónsul con una turba de chuanes en el camino de la Malmaison. — Para asegurar la adhesión del ejército en caso de buen éxito, se dirigen al general Moreau, cabeza de los descontentos. — Intrigas de un cierto Lajolais. — Locas esperanzas que hacen concebir ciertas palabras del general Moreau. — Primera salida de un tropel de chuanes dirigido por Jorge. — Su desembarco en la costa de Biville; su marcha por la Normandía. — Jorge, oculto en París, se ocupa en disponer medios de ejecución. — Segundo desembarco de Pichegrú y de varios emigrados de alta jerarquía. — Entrevista de Pichegrú con Moreau. — Muéstrasele éste exasperado contra el primer cónsul, deseoso de su caída y de su muerte, pero de ningún modo dispuesto á cooperar á la vuelta de los Borbones. — Disgusto de los conjurados. — Su desaliento y pérdida de tiempo que ocasiona. — El primer cónsul, á quien desde la destitución de monsieur Fouché servía mal la policía, descubre el peligro que le amenaza. — Manda entregar á una comisión militar á varios chuanes prendidos recientemente, para obligarles á revelar cuanto sepan. — Consigne de este modo un descubridor. — Llégase á denunciar toda la trama urdida. — Sorpresa que causa el averiguar que Jorge y Pichegrú están en París, y que Moreau es su cómplice. — Consejo extraordinario, y resolución de prender á Moreau. — Disposiciones del primer cónsul. — Indulgencia de éste para los republicanos, y su cólera contra los realistas. — Resuelve castigar á éstos de una manera ejemplar. — Encarga al gran juez que le envíe á Moreau para terminarlo todo con una explicación personal y amistosa. — La actitud de Moreau ante el gran juez deja frustrada esta buena resolución. — Los conjurados prendidos declaran unánimemente que debía ponerse á su frente un príncipe, y que tenían proyecto de entrar en Francia por la costa de Biville. — Resuelve el primer cónsul capturarlo y entregarle á una comisión militar: envía al coronel Savary á la costa de Biville para esperar al príncipe y prenderlo. — Ley terrible declarando reos de muerte á los ocultadores de los conjurados. — Ciérranse las barreras de París por espacio de varios días. — Arrestos sucesivos de Pichegrú, de los Polignac, de Riviere y del mismo Jorge. — Declaración de Jorge. — Declara haber venido para atacar al primer cónsul á viva fuerza. — Nueva confirmación de que un príncipe debía ponerse al frente de los conjurados. — Aumenta la exasperación del primer cónsul. — Expectativa inútil del coronel Savary en la costa de Biville. — Investigaciones que se emprenden para averiguar el paradero de los príncipes de la casa de Borbón. — Cúlpase al duque de Enghien, que vivía en Ettenheim, en las orillas del Rin. — Envíase á adquirir noticias á un subteniente de gendarmes. — Informe erróneo de este subteniente, y coincidencia fatal de su informe con una nueva declaración de un criado de Jorge. — Error y ciega cólera del primer cónsul. — Consejo extraordinario, de cuyas resultas se resuelve el apoderarse de la persona del príncipe. — Su rapto y su traslación á París. — Descúbrese parte del error, pero demasiado tarde. — El príncipe, puesto á disposición de una comisión militar, es fusilado en un foso del castillo de Vincennes. — Carácter de este suceso funesto.

Empezaba la Inglaterra á mostrar inquietud por los preparativos que se hacían enfrente de sus costas, á los cuales tan poca importancia había dado en un principio.

La guerra, en general, para un país insular que no toma parte en las grandes contiendas de las naciones sino con naves, por lo común victoriosas, y todo lo más con ejércitos que llevan el carácter de auxiliares, es un estado de poca inquietud que no altera el público reposo ni turba siquiera el curso diario de los negocios; y prueba de esto es la estabilidad del crédito en Londres, en medio de las mayores efusiones de sangre humana. Si á estas consideraciones se agrega que el ejército se compone de gente mercenaria, y la escuadra de hombres de mar á quienes importa muy poco ir á bordo de los buques del Estado ó á bordo de naves mercantes, y para quienes por el contrario son las presas un aliciente muy poderoso, se comprenderá aún mejor que para un país semejante sea la guerra una

carga que se resuelve sencillamente en impuestos, una especie de especulación en que se cruzan millones con objeto de conseguir salidas comerciales más extensas y abundantes. Sólo para las clases aristocráticas, que mandan las escuadras y los ejércitos, que derraman su sangre mandándolas, que aspiran finalmente á propagar la gloria de su país, tanto como á proporcionarse nuevas salidas, ofrece la guerra gravedad y peligros, aunque sin embargo no les cause grandes ansiedades porque no parece existir para ellas el amago de una invasión.

Tal era la guerra que Windham y Grenville, y el débil ministerio que en pos arrastraban, creían haber promovido en su patria. Habían oído hablar bajo el Directorio de barcos chatos, pero tan á menudo y con tan poco resultado, que concluyeron por no dar el menor crédito á lo que de esa especie de naves se contaba. Más experimentado sobre este punto que sus compatriotas sir Sidney Smith, porque había visto ya á los franceses, ya á los turcos, y á los ingleses mismos, des-